

**DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO (C)**  
**Homilía del P. Bernabé Dalmau, monje de Montserrat**  
**14 de agosto de 2016**  
**Jer 38,4-6.8-10 / Heb 12,1-4 / Lc 12,49-57**

Queridos hermanos y hermanas,

Cada tres años, cuando un domingo de agosto toca leer el Evangelio que acabamos de escuchar, siempre hay alguien que se siente incómodo si ha visto de cerca incendios forestales y piensa: ¿qué mal gusto hacernos leer las palabras de Jesús "He venido a prender fuego en el mundo: ¡y ojalá estuviera ya ardiendo!". Es el texto que toca, y dicen que el buen predicador no es el que se elige las lecturas sino el que sabe sacarles partido.

Naturalmente, no se trata de sacar partido de la Palabra del Señor sino simplemente de situarla en su contexto, para que dé fruto en nosotros. Ciertamente resulta especialmente doloroso el lenguaje profético que de vez en cuando usa Jesús en textos como el de hoy. Ya que, si dejamos eso de ver arder la tierra y nos detenemos en los versículos que vienen a continuación, es literalmente "salir del fuego para caer en las brasas". Porque oír que Jesús ha venido a traer la división y no la paz entre las familias, resulta francamente insoportable.

Me parece que nuestro buen sentido ya nos hace entender sin muchas explicaciones lo que nos quiere decir Jesús. Se puede resumir así: Él veía claramente que tenía una misión de parte del Padre: debía combatir permanentemente contra el mal, no contra las personas o los poderes humanos, sino contra el enemigo de Dios y del hombre, el Maligno. Por eso a la hora de sufrir pasión y muerte le llama "hora del poder de las tinieblas".

¿Por qué esta lucha contra el mal la expresa con la figura de prender fuego a la tierra o de sembrar la división? Pues porque el que quiera permanecer, como Jesús, fiel a Dios y al bien, tiene que afrontar necesariamente incomprendimientos y a veces verdaderas persecuciones. En Siria y en otras partes del mundo, "en la lucha contra el pecado" hoy hay cristianos que se ha tenido que enfrentar "hasta derramar la sangre".

La fe, de la que Jesús nos ha abierto el camino y la lleva a término, nos invita a lanzarnos a correr "en la carrera que nos toca". Él "soportó la cruz" y "soportó la oposición de los pecadores", un verdadero incendio, la prueba de un bautismo.

Seguir a Jesús implica "renunciar al mal, al egoísmo, escoger el bien, la verdad, la justicia, incluso cuando ello pide sacrificio y renuncia a los propios intereses. Y eso, sí que divide... Pero ¡no es Jesús quien divide! Él pone el criterio: vivir para sí mismo o vivir para Dios y para los demás; hacerse servir o servir; obedecer al propio yo o bien obedecer a Dios. Esta palabra del Evangelio no autoriza de ninguna manera el uso de la fuerza para difundir la fe.

"Por lo tanto, esta palabra del Evangelio no autoriza, de hecho, el uso de la fuerza para difundir la fe. Es precisamente lo contrario: la verdadera fuerza del cristiano es la fuerza de la verdad y del amor, que comporta renunciar a toda violencia. ¡Fe y violencia son incompatibles! ¡Fe y violencia son incompatibles! En cambio, fe y fortaleza van juntas. El cristiano no es violento, pero es fuerte. ¿Con qué fortaleza? La de la mansedumbre, la fuerza de la mansedumbre, la fuerza del amor." (Papa Francisco, Ángelus 18 de agosto de 2013)